

Te recuerdo siempre, Ambrosia.

Mi abuela era de la sierra de Perú, vivía en las afueras de Apurímac con su mamá y creo que también con su hermana. Era una niña que trabajaba siendo niñera para otra familia que vivía lejos de su chacra, pero lo hacía para ayudar a su mamá, mi bisabuela Aniceta. En este lugar fue donde aprendió a escribir un poco, me lo contaba con alegría, creo que fue una etapa de su vida donde descubrió que aprender era algo bonito.

Un día un familiar de mi bisabuela le propuso que mi abuela Ambrosia se mude a Lima a trabajar para tener dinero, y así fue como comenzó su vida en otra ciudad.

Ella era quechuahablante, dejó el colegio apenas en la primaria, sabía escribir muy poco. Era analfabeta y el hablar quechua en la capital era motivo suficiente para que sean racista y clasista con ella, me imagino también por cómo era físicamente.

Trabajó limpiando casas y vivía con su hermano mayor, fue ahí donde conoció a mi abuelo. Se llevaban 15 años de diferencia aproximadamente, no hay relatos sobre ese encuentro, y me parecía extraño que nunca se hablara de eso, creo que por la época o por vergüenza de hablar de las relaciones en esos tiempos.

Fue entonces que mi abuela quedó embarazada de mi tía, la hija mayor y lo que correspondía era que debía casarse, y así fue. No hay registro en fotos, ni mucho menos historias, solo era lo que se debía hacer.

Vivieron un tiempo en el Rímac, sé que mi abuela no quería vivir ahí mucho tiempo, creo que el barrio no le gustaba mucho. Sé también que hubo un tiempo que mis abuelos se separaron cuando su primera hija era pequeña, y mi abuela trabajó en una casa para una familia en San Isidro, en una zona de personas de dinero, ahí fue donde la idea de buscar otro lugar dónde vivir era algo que quería.

Mi abuela encontró un nuevo lugar en Chorrillos, en un terreno en zona de campo que consiguieron junto con otros familiares, ahí sería el lugar donde sería el resto de su vida e historia.

Mis abuelos siempre fueron personas humildes, mi abuelo era enfermero de la policía y mi abuela se dedicó a criar a sus seis hijos. La nueva casa era de esteras y tierra, y mi abuela, para comer criaba animales o también para venderlos (o eso es lo que me contaron).

Mi abuelo solía beber mucho con sus amigos o familiares, eso no le gustaba a mi abuela porque por esa razón no había dinero para la casa y vivía enojada por eso.

Un tiempo después, mi abuelo sufriría un grave accidente, donde la mitad de su cuerpo queda casi destrozado, y mi abuela con 6 hijos y sin dinero tuvo que enfrentar ese episodio.

No sé si realmente hubo ayuda de otras personas, se la tuvo que bancar con lo que tenía.

Se dedicó a vender parrilladas y anticuchos en una carretilla cerca a la casa, llevándose a sus hijos con ella, de alguna forma debía poder generar ingresos, mientras que al mismo tiempo debía ir al hospital a visitar a mi abuelo.

Mi abuela me contó que sufrió mucho durante esos años, y hoy entiendo que no fue solo por el dinero, sino el gran peso que llevaba consigo por todo lo que le pasaba y esa extraña tristeza que siempre vi en ella.

Mi abuelo se recuperó del accidente, según supe, por eso dejó de beber. El pequeño negocio de las parrilladas y anticuchos siguió como siempre, para poder tener ingresos, y ella lo hacía muy bien, sé que todos los que le compraba les gustaba y también porque mi abuela era generosa con las porciones, sé que muchos la querían, supongo que se hizo querer, ¿cómo no quererla?

Tengo un vago recuerdo junto a ella de llevar esa carretilla y verla trabajar, realmente amaba lo que hacía.

Mi abuela siempre nos cuidó desde pequeños, nos dio de comer, y estuvo siempre con todos sus nietos. Era una persona con carácter fuerte, estricta y le gustaba que haya comida en abundancia, siempre estaba en su cocina, y la recuerdo escuchando sus huaynos y tarareando. Me llevaba al mercado y regresábamos juntas subidas en una carretilla, son momentos que recuerdo claramente, y de ahí viene mi cariño por los mercados, los recuerdos que tengo a su lado, los olores y las conversaciones. La recuerdo abrazándome algunas veces, pero siempre dándome comida, siempre la mesa estaba llena de comida, era su forma de demostrar amor.

Mi abuela entendía poco sobre muchas cosas que pasaban en el mundo, y cuando yo fui creciendo empezamos a hablar un poco más acerca de la vida, la familia y lo que sentíamos. Ella siempre lloraba por alguna razón que yo no entendía, que creo que casi nadie en la familia se daba cuenta o no la supimos entender. Todos le decíamos que dejara de llorar.

Cuando empecé a ir a la universidad ella me retaba como si fuera mi mamá, porque sé que quería cuidarme a su manera. Conforme fui creciendo le hice ver cómo es que las cosas cambiaban y ella me lograba escuchar, siempre estaba feliz de que yo lograra cosas profesionalmente, sobre todo, porque ella creció con muchas carencias y lo que anhelaba para su familia era que todos “tengan su profesión” como ella siempre decía. Que sean mejores siempre.

Mi abuela tenía varias enfermedades y dolencias que con los años se fueron incrementando, al no tener dinero ella misma se curaba con medicina natural, tomando hierbas, colocándose ungüentos, viendo la manera de aliviar su dolor, hasta automedicándose. En un sistema de salud que no funcionaba y con poca ayuda de sus hijos, esa era la manera de poder curarse.

Cuando decidí irme de su casa se lo conté, porque sentía mucha culpa de dejarla, de dejar la casa donde viví con ella, pero entendió que era como tenía que suceder, nunca me dijo que no me vaya. No sé cómo, pero ella siempre lograba entender lo que le quería decir, me escuchaba atentamente y me bendecía, aunque sabía que ella estaba triste.

Fue una mujer que cargaba con mucho dolor, heridas de abandono, de maltrato, de racismo, pero en un mundo como el que tuvo, logró tener su propia casa y criar a toda su familia, sacar a sus hijos adelante. Poder reunirnos a todos en una mesa era algo que la hacía muy feliz, y, sobre todo, cocinar para todos y compartir.

En la última etapa de su vida me contó la razón de sus lágrimas, y yo al ser ya una adulta entendí muchas cosas que ella sentía, esa tristeza permanente de extrañar su tierra, de no haber logrado cosas que quería o haber aprovechado mejor las oportunidades, de no poder aliviar su dolor físico de otra manera, de no poder ver a sus hijos que migraron, lo que fue su relación con mi abuelo que la marcó para siempre.

Para mí ella siempre ha sido una mujer muy valiente.

El amor de mi abuela se podría percibir de muchas formas, con una llamada de atención, con su preocupación, con la comida, con sus consejos, hasta con sus enojos y sus bendiciones.

Mi abuela materna me crio y me formó, nos formó a toda la familia de parte de mamá, ante la ausencia de figuras paternas.

Las abuelas, mi abuela, es mi guía espiritual y mi fuerza, creo que sin esa valentía no sería la mujer que soy, que, aunque con mi luz y oscuridad me guió de sus enseñanzas para seguir en esta vida. Estoy eternamente agradecida por haberla tenido conmigo.

Con todo mi amor,
A mi mamita.

